

en la locucion, con algunos rasgos mas eloquentes que quantos se oian en aquella edad, antes que un estilo elegante, y una justa y regular eloquencia, le dieron aquella eficacia y aquel imperio en los corazones de los oyentes, que deberia ser el fruto de la verdadera facundia. En el siglo decimosexto empezó á hacerse mas comun entre los oradores sagrados el uso del idioma vulgar, y se oian sermones mas estudiados y compuestos, pero todavia muy distantes de aquel justo método, y de aquel ordenado raciocinio, de aquella solidez y profundidad de discurso, y de aquella variedad y ornato de figuras, que forman la verdadera eloquencia. Musso fue el sagrado orador de aquella edad, que los italianos han mirado como el unico que merece ser recomendado aún en la nuestra. Pero como hemos de leer ahora con paciencia un solo sermón de Musso? El cardenal Federico Borromeo (a), habla de Gabriel Fiama coetaneo de Musso,

Eloquencia
sagrada
en el siglo
XVI.

(a) Lib. 1.

y dice que usó el adorno de las palabras harto mas que los otros de aquella edad; pero que despues algunos á imitacion de Fiama se dieron á buscar tanto las flores de las palabras, que los doctos oyentes no tenian paciencia para prestarles atencion. El universal aplauso, y las repetidas traducciones é impresiones hechas fuera de España de algunos sermones de Avila, prueban en su eloquencia un merito superior al de los otros predicadores, aunque este mismo esté muy distante del orden, de la exactitud, y de la energia y fuerza que requiere la buena oratoria sagrada. Florecian entónces en Italia Francisquini, alabado particularmente por su gesto y modo de accionar; Benedicto Palmio, en quien se veia mas doctrina que arte; y el español Salmeron, muy estimado por su discurso lleno de cosas y de erudicion. Algunos célebres predicadores españoles ocupaban en aquellos tiempos el pulpito italiano, despues de haber ilustrado el de su nacion. Que gloriosa y bella pintura no hace el Cardenal Borromeo del modo de predicar de Al-

fon-

fonso Lobo, en quien voz y gesto, vestido y ademan, corazon y lengua, pensamientos y afectos todo ayudaba á la fuerza y energía de su predicacion (a)? El gusto y la admiracion con que era oido en Roma Fernando de Santiago, aun predicando en español, excitó los lamentos del Papa Paulo V y de otros respetables personajes por su partida de aquella ciudad. Por espacio de veinte y quatro años predicó Toledo en Roma, y fue siempre oido con singular gusto, tanto por la seriedad y gravedad de las oraciones, como por la variedad, y tambien novedad de los argumentos, sin vanos pensamientos y sin estudiados adornos. El citado Borromeo (b) dice, que habiendole oido le parecia que nada mas podia desearse; y alaba en él una artificiosa brevedad, que unida al candor del ánimo era como un dardo de persuasion, y una fuerza de argumentos, que hacia que se le tuviese por uno de los maestros de la oratoria. Y no

so-

(a) Lib. II. et al. (b) Lib. III.

solo eran estimados en Italia los predicadores españoles que se oian en las Iglesias, sino que se buscaban y se traducian los sermones mismos recitados en España. Los sermones españoles de Peralta fueron traducidos en latin por el dominicano Tagliapietra; y los sermones, tanto latinos como españoles, de Granada los leian con singular gusto y consuelo San Carlos Borromeo, el Cardenal Federico y cuántos, como dice este mismo Cardenal (a), se ponian á leerlos con algun conocimiento de las cosas de Dios y de si mismos. Al mismo tiempo se oian tambien con mucho aplauso en Italia Gagliardi, Marcelino, Mathias Bellintano y varios otros; pero tres eran los que singularmente gozaban de una fama universal por toda la nacion, Panigarola, y los dos españoles arriba citados Lobo y Toledo, los cuales muchas veces eran comparados entre sí, y se decia que Toledo instruia, Panigarola deleytaba y Lobo movia. Pani-

ga-

(a) Lib. III.

garola se ganó tanto credito con sus sermones, que traspasó los confines de la Italia, y se hizo célebre en las otras naciones. Pero por lo que de él nos dice el tantas veces citado Borromeo, parece que fue mas por el modo de presentarse y de hablar, por la voz, por la pronunciacion por el semblante, por la acción y por otras dotes extrinsecas, que por verdaderas prendas de sólida eloqüencia; así que creciendo él en edad se disminuía el aplauso de sus sermones; y al ver su excesivo cuidado en buscar los adornos de las palabras, y muy descubierto y visible el artificio de la oracion, parece que justamente se le puede aplicar el dicho de Ciceron, sobre Demetrio Falereo: *hic primus orationem inflexit...*, y que con razon pueda derivarse de Panigarola el corrompimiento de la oratoria sagrada, que se vió reynar en el siglo pasado. Algun principio le habia ya dado Fiamma con su excesivo estudio del adorno de las palabras; pero el exemplo de Panigarola tuvo mayor influxo. Su universal celebradad

dad induxo á muchos jóvenes de excelente ingenio á tomarlo por modelo; y en mucho tiempo no se tuvo por buen modo de predicar el que no imitaba al de Panigarola. De aqui provino el frivolo estudio de empezar los exórdios con una comparacion, las excesivas y mal entendidas metáforas y alegorías, un cierto toscanismo afectado y ridículo, la vanidad y superfluidad de las cosas, las narraciones de las fabulas, los largos y frecuentes textos para ostentar memoria, las afectadas antitesis, y varios otros defectos que refiere Borromeo, y que por lo comun son cabalmente aquellos mismos que se oyeron despues en Italia y en otras naciones. A este corrompimiento habrá tambien contribuido el exemplo de Gagliardi, quien procurando empezar siempre los sermones con una paradoxa, no podia dexar de decir muchas cosas ineptas y vanas en todo el progreso de la oracion. Sea el que se fuese el origen de este mal gusto, lo cierto es que en el siglo pasado era muy deplorable la depravacion de la

oratoria sagrada, de la qual desde principios del siglo nos hace una lastimosa pintura el mismo Borromeo (a). Estilo hinchado y hueco, pensamientos extraños, atrevidas paradojas, textos truncados y violentamente obligados á decir lo que no dicen, proposiciones mas maravillosas que verdaderas, pruebas mas sutiles que concluyentes, mas agudeza de ingenio que solidéz de razon forman el caracter de los sermones de aquel tiempo. Los Españoles y los Italianos se distinguieron particularmente en seguir aquel gusto; pero los Españoles obtuvieron la ventaja poco envidiable de gozar en esta parte la primacia, y por muchos años reynaron en los pulpitos, como triunfaban en los teatros. Don Nicolas Antonio, despues de haber hecho un breve cotejo de la oratoria sagrada de Italia con la de España, dice, que los sermones de los Españoles estaban en tanto aprecio, que los Italianos los tenian comunmente en las manos,

(a) Lib. IV.

Eloquencia sagrada en el siglo XVII.

y los traducian en su propio idioma; y añade haber visto no pocos de los mas famosos, de tal modo poseidos del gusto español que lo hacian suyo propio, y predicando en italiano usaban todas las maneras de decir de los Españoles (a). Paravicino, Lopez y algunos otros fueron alabados y estudiados por las naciones extranjeras; y singularmente Vieira fue la maravilla, no solo de los Portugueses y de los Españoles, sino de quantos le oyeron en Roma y en otras partes, y de quantos le leian en su propia lengua y en las extranjeras. El aprecio de estos oradores, nacido del depravado gusto entónces dominante, y fundado generalmente en las calidades que eran en ellos mas reprehensibles, podia con todo tener mas sólidos fundamentos en algunas prendas oratorias que se descubrian en sus oraciones. Los defectos del siglo en ninguno como en Vieira se ven reducidos al último extremo, aunque sublimados con la agudeza del in-

Hhh 2

ge

(a) *Biblot. Hisp. nov. praef.*

genio y con la multiplicidad de la erudición; pero en él se encuentran igualmente rasgos tan eloqüentes, que podrían acarrear honor á los mejores predicadores de nuestros dias, y por todas partes resplandece con pensamientos tan sutiles y originales, y con pruebas tan nuevas é ingeniosas, que puede fecundar la mente de quien sepa leerlo con erudito juicio. Flecher se divertía mucho leyendo estos predicadores italianos y españoles, á quienes graciosamente llamaba sus bufones (a); y no dudo que de estos bufones habrá aprendido no pocas verdades, y que tal vez se habrá aprovechado de sus sermones, como se aprovechaban Corneille y Moliere de los dramas españoles é italianos.

Restable-
cimiento de
la eloqüen-
cia sagrada.

Pero la verdadera gloria de la eloqüencia sagrada se debe enteramente á los oradores franceses. Voltaire (b) y otros Franceses quieren tomar del P. Lingendes el principio de su verdadera oratoria;

pe-

(a) *Eloge hist. de Monsieur Esprit Flechier.*

(b) *Siecle de Louis XIV.*

pero qualquiera que haya sido la eloqüencia de Lingendes en lengua vulgar ó en latin, ciertamente no ha dado gran credito al pulpito frances entre las naciones extranjeras. Senault, dice Voltaire, fue para Bourdaloue lo que Rotrou para Corneille, y sus sermones ahora ya no los leen ni aún los mismos nacionales. En Bourdaloue, en Bossuet y en Flecher rompió el tono de la eloqüencia francesa, que se hizo oír por todo el mundo. Entónces se vieron salir de los pulpitos maquinas ingeniosamente diseñadas, y solidamente fabricadas con toda la maestría del arte; entónces puede decirse que de las oraciones sagradas se formó realmente un nuevo ramo de eloqüencia. Los santos Padres habian compuesto homilias y oraciones, en las que, excitados de su celo, y apoyados á los testimonios de la Escritura, instruian á los christianos en la fe y en las costumbres: llenos de ingenio y de sabiduría proponian sublimes verdades, y las probaban con razones comunmente solidas y justas, aunque á veces la buena fe y el

pio

pio celo hacia que les pareciesen tales algunas, que no eran enteramente concluyentes; y animados de la mas pura y viva religion esparcian devotos sentimientos y eloqüentes rasgos, capaces de despertar los afectos, é inflamar la voluntad de los oyentes; pero no ponian cuidado en presentar al auditorio un sermón adornado con todas las prendas oratorias, no pensaban en formar un cuerpo artificiosamente organizado, no procuraban en suma dar al público una pieza oratoria. Los oradores modernos al paso que adquirieron mayor cultura en la eloqüencia sagrada, procuraron acercarse mas á los santos Padres y seguir su gusto. Avila, Toledo, Granada, Belarmino y otros predicadores latinos y vulgares se adquirieron mas credito por haber dicho cosas buenas, que por haber formado una bien ordenada y eloqüente oracion; y sus discursos, por mas que estuviesen adornados con nobles pensamientos, y con rasgos excelentes, quedaban muy sueltos y desunidos, y no podian tener la verdadera fuerza de un
ir-

irresistible convencimiento. Los oradores que vinieron despues, aunque dieron á sus sermones mas union y enlace oratorio, sin embargo el corrompimiento del buen gusto, que entónces reynaba en todos los escritos, hizo que se apartasen mas que los precedentes del verdadero estilo de la eloqüencia sagrada. Su cuidado se reducía á buscar pensamientos sutiles y extraños, y á expresarlos con la mayor sutileza, y de un modo diverso del sencillo y popular, que es el único que corresponde á tales discursos. Solo los Franceses tomaron el justo tono, en que debia hacerse oír la oratoria sagrada. Ellos nos dieron oraciones perfectas segun todos los numeros que requiere la retorica christiana, en las cuales un correspondiente exórdio introduce en la materia, una selecta proposicion sacada del fondo de esta abraza todo lo que en ella se contiene de mas importante, y las pruebas son verdaderas y justas, fuertes y concluyentes, y expuestas con orden y metodo, y con estilo grave y correspondiente á la materia, al lugar y á
las

las otras circunstancias del orador. Principe, padre y casi criador de este genero de eloqüencia fue el célebre Bourdaloue. Una suma penetracion de ingenio, una maravillosa fecundidad de entendimiento, una imaginacion vivaz y ardiente, un fino y exâcto discernimiento hacian que en todas las materias viesse de un golpe quanto puede decirse de mas verdadero y sólido, de mas eficaz y util, y que lo expusiese con el mejor orden, y con la mayor fuerza y energia. Su diction no tiene otro adorno que la exâctitud y propiedad, y evitando toda hinchazon y afectacion, es siempre clara, noble y natural, y sin enfatica sublimidad, y con la mayor sencilléz es en todo grande, sublime y magestuoso. Planes vastos y bien ordenados, dialectica eficaz y convincente, profundidad y vehemencia de afectos, fuerza y calor de estilo, y bellezas sólidas, yaroniles y sinceras forman el caracter de los prodigiosos sermones de Bourdaloue, el qual nacido, por decirlo asi, para crear un nuevo modo de predicar, y enrique-

cer la literatura con un nuevo genero de eloqüencia evangelica, esparció la luz de su vasto y penetrante ingenio por todos los ramos de esta nueva arte, y dexó en todos perfectos modelos dignos de ser imitados. Entra en la ardua empresa de hablar como orador de los sublimes misterios de la religion christiana; é instruido perfectamente en la materia, é íntimamente penetrado de la verdad, habla con tal tono de autoridad, y se eleva de modo, que con su íntima persuasion, y con la decision y solidéz de su eloqüencia confunde la disolucion, y hace respetar la religion; sin vislumbre alguna de escolastica, solo con la fuerza de algunas expresiones justas y energicas, esparce una viva y penetrante luz, qual no la podrian comunicar las mas estudiadas demostraciones; y sin contentarse con esto, pasando á la parte moral é instructiva, aplica con arte á las necesidades espirituales de los oyentes aquellas moralidades, que hace nacer espontaneamente de los principios de la religion. Emprehende otra es-

pecie de oraciones sagradas en los panegiricos de los santos, y sabe poner á sus heroes en el verdadero punto de vista, que nos da la justa idea de su distintivo caracter, y los presenta verdaderamente santos respetables y grandes; y despues contraponiendo discretamente nuestra conducta á los exemplos que nos pone delante de los ojos, saca de este cotejo la mas solida y mas natural moralidad. En las oraciones fúnebres, si las colocamos tambien en la clase de eloqüencia sagrada, no me atreveré á dar á Bourdaloue el principado; aunque si diré, que aún en estas nos ha dexado dos piezas oratorias, que ciertamente pueden alabarlas los inteligentes, y estudiarlas los oradores. Pero la principal gloria de la eloqüencia de Bourdaloue consiste en la singular perfeccion de sus sermones morales, que son todos otras tantas piezas de la mas exácta y severa logica. Si sienta una proposicion presenta desde luego las pruebas, y pruebas sólidas y sensibles, sacadas del fondo de la religion, de la teología,

gía, y de las mas profundas y seguras máximas de la filosofia; y las produce con una tan ordenada y metodica sucesion, que van adquiriendo siempre mayor fuerza, y se introducen en los mas profundos senos del corazon de los oyentes. No puede nacer duda que no satisfaga, ni puede hacerse objecion que no prevenga: se propone una dificultad, y da luego una respuesta, que no admite mas réplica, y aún á veces de la misma objecion sabe sacar una fuerte razon para resolverla á su favor, y dar mayor peso á su asercion: todo está bien fundado, todo apoyado sobre sólidos é irrefragables principios del evangelio y de la religion. Qualquiera sermon suyo puede llamarse una demostracion matematica de los puntos que se propone aclarar, y una gloriosa victoria de su triunfadora eloqüencia. El mas duro y obstinado corazon no sabe resistir al incontrastable poder de sus convincentes razones. La mente del auditorio se ve sujeta por su severa logica, y á qualquier parte que se vuelva encuentra cerrados

todos los caminos para evadir la fuerza de la evidencia. La invencion de los argumentos, la distribucion de los planes, la evidencia de las pruebas, la vehemencia de los afectos, la energía y fuerza del estilo son prendas oratorias de sus sermones, que por todas partes saltan á los ojos de los lectores, y le texen la gloriosa corona que posee de príncipe de la oratoria evangelica. De un gusto de eloquencia diverso del de Bourdaloue era su contemporaneo Bossuet. Bourdaloue era el predicador de la razon; Bossuet deseaba mas hablar á la imaginacion. El principal merito de este consiste en las oraciones fúnebres, y en ellas no ha tenido, no solo quien le superase, pero ni aún quien le igualase. Aquellos quadros animados y parlantes, aquellas profundas y espontaneas reflexiones, aquellas ideas sublimes, aquellas imagenes grandiosas, la noble eloquencia, la cadencia armoniosa y sonora, el magestuoso y rapido estilo, el tono lágubre y patetico, arrebatan el ánimo de los lectores, y lo tienen en una

Bossuet.

continua agitacion, y en una dulce melancolia. La ilusion se presenta en sus oraciones; y surcamos los mares, recorremos los exércitos, nos introducimos en las cortes, y nos dexamos llevar donde nos conduce su imaginacion. El nos presenta á sus heroes en el aspecto de su verdadera grandeza, nos hace mirar con devota veneracion su virtud, y considerar con christiana superioridad las grandezas y dignidades mundanas. Las freqüentes y oportunas reflexiones, y las terribles verdades sobre la corta duracion de la vida, sobre la pequeñez é inconstancia de las cosas terrenas, y sobre la importancia y gravedad de las eternas, intimadas por él en tono serio y magestuoso, producen en el auditorio aquella íntima impresion, que corresponde á su gravedad: el corazon se retira con noble desden de la pompa del mundo, y se dirige con religiosa impaciencia hácia la propuesta eternidad. Bossuet forma de las oraciones fúnebres, como deben ser realmente, un justo elogio de los muertos, que

que sirva de ilustre exemplo , y de claro desengaño á los vivos. Su eloqüencia es sublime y energica solo con la elevacion y grandeza de las imagines y de las ideas, y con la propiedad y exâctitud de las palabras, sin la enfatica hinchazon, y sin el fanatico y frio calor de los modernos. Leyendo á los dos príncipes de la eloqüencia sagrada, los facundos franceses Bourdaloué y Bossuet, siente el ánimo la verdadera fuerza de la sincera y sólida eloqüencia: no atrevidas metáforas, no relaciones largas, no estudiadas antitesis, no truncadas clausulas, no pensamientos sueltos; sino ideas grandes y sublimes, con palabras sencillas y populares, con frases puras y correctas, con llenos y armoniosos periodos constituyen la fuerza, la energía y la sublimidad del estilo, y forman entre los Franceses, como entre todas las naciones la verdadera y sólida eloqüencia. Al lado del gran Bossuet se sienta gloriosamente Flechier; y sus oraciones fúnebres aún logran tal vez mayor celebridad entre el vulgo de los ingenios ame-

Flechier.

nos

nos, que las oraciones mismas de Bossuet. La sonora y copiosa armonía de los periodos, la pureza, correccion, elegancia y dulzura de la diction, la fluida rapidez del estilo, la posesion de las materias que trata, la nobleza y verdad de los sentimientos, la expresion y viveza de los quadros, son las prendas que elevan justamente al grado de classicas las oraciones fúnebres de Flechier; pero si quieren compararse con las de Bossuet, deberán sin contradiccion reputarse muy inferiores. Las sobrado freqüentes, y á veces sobrado estudiadas antitesis, las clausulas sobrado compasadas, y el sobrado deseo de ostentar ingenio hacen las oraciones de Flechier menos fúnebres, y manifiestan mucho el estudio del orador; al paso que Bossuet poseido de la virtud de sus heroes, y de la vanidad é inconstancia de las cosas terrenas, habla siempre en un tono tan serio y lúgubre, con tan freqüentes y tan espontaneas vueltas á la moralidad, que jamas se descubre en él un orador que compasa las palabras, y adorna

el